



Sección Sindical Metro de Madrid  
**Solidaridad**  
solidaridadobrero.info / solidaridadobrero.org  
C/Valderribas 49, 2ºIzq, 28007 Madrid Tlf: 91 433 57 86  
email: soliobrero@gmail.com

**Obrera**

Interior: 84236/38733(Fax)  
Móvil: 610 07 80 90  
soliprevencion@gmail.com



*La lucha es el único camino*



**RELATOS  
PREMIADOS**

*XX Certamen de  
Relato Breve  
"Raimundo Alonso"*

**Primera finalista:**

**Lourdes Aso Torralba**

**EL INTERCAMBIADOR**

Faltan dos horas para terminar la jornada. Se me cierran los ojos. No me ha dado tiempo ni de mear. En dos minutos llego a la estación del Metro de Sol. Calculo mentalmente dónde han de quedar los vagones para que entren y salgan los pasajeros. Todos quieren ser los primeros. Aunque es sábado, llevan prisa. Un minuto y cierro las puertas. Afuera la indiferencia. Dentro la falta de empatía. En el andén cámaras discretas que no disuaden a los maleantes. Desde mi ventana veo a un grupo de críos. Tendrán la edad de mi hijo adolescente. Unos quince años no más. Acaban de elegir a su víctima. Un chiquillo de origen dominicano. Le

señalan el suelo. Él se resiste. Admiro su valor. Conservar algo de dignidad ante la humillación es lo único que le queda. Eso, y la vida, si le dejan vivo. Uno golpea. Los demás añaden patadas en el estómago, golpes al azar y el cacheo para arrebatarse las cuatro pertenencias. Calculo que el botín no les alcanzará para terminar la noche. Me horroriza la indiferencia de la gente. Ni uno solo ha movido un dedo para defender al joven. Tengo que arrancar el convoy o seré yo la siguiente víctima. Un retraso más y estoy despedido. No puede haber quejas en los libros de reclamaciones. La congelación salarial aprieta sobre nuestras gargantas. Me cuesta tragar saliva. La historia se repite. El miedo vuelve a sumergirme en la topera. Como un autómatas, descuelgo el teléfono. Lleva ya medio minuto sonando.

Pongo el manos libres. Escucho algo del chiquillo. De que lo llevan al hospital. De una paliza. Nuestro Randy, tan inocente él. Entre el traqueteo de las ruedas por las vías me llegan las risas de las chicas que grababan la agresión. Risas de hiena. Insensibles. Y no puedo por menos que preguntarme si querer vivir es delito y matar queda impune. Si no podríamos usar el intercambiador y plantarnos en la estación de Mamá Tingó, Concepción Bona o Centro de los Héroeas en minuto y medio. Como por arte de magia.

\*\*\*

**Segundo finalista:**

**Fabián Miguel Díaz**

**IR Y VENIR**

En una callecita de Madrid, cerca del piso donde vivo, hay una estación de Metro que me gusta mucho.

De vez en cuando, si tengo un día libre, camino hasta allí, tomo el metro y, algunas estaciones después, salgo por una avenida de la Ciudad de Buenos Aires.

Antes, tenía una casa allí también.

Salgo y camino durante varias horas. Visito algunos lugares para saber si están, todavía, como los recuerdo. Me abrazo con las personas que siempre extraño. Sobre todo, miro el color del cielo mientras el día pasa.

Si aquí es primavera, allí será otoño. Si allí es invierno, aquí será verano.

Antes de que cierre el Metro -que allí, durante ese día, llamo subte-, vuelvo a entrar por esa avenida de la Ciudad

de Buenos Aires y salgo, algunas estaciones después, por la callecita de Madrid.

\*\*\*

**Tercer finalista:**

**Juan Lorenzo Collado Gómez**

## **AGENDA**

Subió al metro con las primeras luces del día y encendió el teléfono móvil. Inmediatamente consultó la agenda: citas, reuniones, trabajos pendientes, informes por concluir...

Se sintió ahogado, la sensación de cada mañana. Volvió a pensar que tenía que trabajar menos, que su prestigio de abogado o el dinero no ocuparan cada momento de su vida, pero la lista de cosas por hacer se la mostraba su fiel amigo de los últimos años, quizá el único que le quedaba: Su teléfono móvil.

Unas palabras de una discusión llamaron su atención. Hubo algún empujón y en lugar de poner correctamente el móvil en el bolsillo, cayó al suelo sin que se diera cuenta.

Cuando salió de la estación buscó su teléfono, que viajaba en el vagón quién sabía por qué estación y que consideró que no volvería a ver nunca.

No recordaba teléfonos, citas, nombres, nada de lo que tenía que hacer esa mañana. Hasta se confundió de camino para llegar al trabajo.

Se sentó en la terraza de un bar a tomar café, después estuvo mucho tiempo mirando la actuación de un grupo de música callejero, compro pan y lo echó a las palomas y se quedó durmiendo en un banco del parque. Entro en un bar y comió con tranquilidad un menú que acabo con un helado. Se perdió caminando durante horas por la ciudad y hasta mantuvo una conversación con un mimo que actuaba en una esquina.

Encontró un acceso al metro cuando anocheecía y decidió volver a su casa, pensando que quería que todos los días fueran de esa manera.

Sin su teléfono, tuvo que revisar todas las líneas de metro para regresar a su hogar y mientras entraba en el portal decidió que no compraría otro móvil.

Abrió el buzón del correo y allí, alguna buena persona que había sabido desbloquearlo, había dejado su teléfono.

No había amanecido cuando subió al metro y encendió, sin poder evitarlo, su teléfono móvil, que le mostraba una agenda agotadora para ese día.

\*\*\*

**Cuarto finalista:**

**Mario García de Blas**

**De lunes a viernes**

No olvidaré a mi abuela asomada a la ventana fumando, como una locomotora, los cigarrillos que compraba en el quiosco de la esquina. Al fondo, una ciudad gris insistía en expandirse. El humo de su boca se mezclaba con el olor a fritura que salía de las cocinas de los vecinos, amontonados en apartamentos reforzados por cuerdas de tender y bragas ondeantes.

“El metro es para los pobres y esta ciudad está llena de ellos”.

Mi abuela tenía una visión del mundo difícil de comprender para un niño de once años. De lunes a viernes marchábamos de la mano al colegio y el metro era la forma más rápida de atravesar tres anchas avenidas, dos puentes, diez callejones y una masa de tráfico caótica.

Por aquel entonces, el vagón me parecía el lugar perfecto para pasar desapercibido, aunque de vez en cuando uno se podía sentir el protagonista de alguna historia. Una vez, entre el traqueteo, saqué un chupachups del bolsillo. Recuerdo como aquella niña uniformada me miraba con envidia golosa. Solo pude pensar: “pobre niña que no tiene caramelo”. En otra ocasión, un hombre en muletas me pidió una moneda: “pobre”, me dije. Así que le di las pocas que me quedaban. Sin embargo, rápidamente recapacité: “pobre yo, ahora me he quedado sin un duro”. También examiné a un señor engominado y trajeado, cargando con una corbata al cuello, un maletín en una mano y una fiambarrera en la otra: “pobre, nadie le ayuda a cargar con tanto peso”. Y luego estaba lo de subir y bajar escaleras, ir unos pegados a los otros y la sensación de ser un gusano debajo de tanta tierra hueca: “pobres”.

Después de todo, aprendí que mi abuela tenía algo de razón cuando recitaba en alto sus pensamientos desde su palco en aquel humilde barrio de la capital. Allí éramos

todos pobres, de eso no había duda. La gran sorpresa fue darme cuenta de que no éramos los únicos y que, tanto la pobreza como la realeza, visten siempre de carne y hueso y llevan un billete de metro guardado en la cartera.

\*\*\*

**Quinto finalista:**

**Braulio del Pozo Olivares**

**PRÓXIMA ESTACIÓN: LA LUCHA CONTINÚA**

La huelga acaba de ser desconvocada.

Tras 23 días con la empresa cerrada y acampadas en la puerta, la huelga ha sido desconvocada.

Vuelvo a casa en Metro, cansado, triste, sin esperanza.

Los dos sindicatos mayoritarios han llegado a un acuerdo, parece que ya no tendremos los sábados libres, solo



descansaremos los domingos. Dicen que al menos no habrá despidos.

Quizás sea cierto que la empresa no va bien, se oye que la Dirección les han enseñado las cuentas, y han comentado que si continuamos con la huelga la empresa tendría que cerrar y perderíamos nuestros empleos. Nos meten miedo.

Hablan que mañana firmarán las actas del acuerdo.

Suena mi teléfono, no quiero contestar, seguro que son malas noticias. Respondo.

Sigo en el Metro. Me siento alegre, emocionado, lleno de ilusión.

Han convocado asamblea las de la SOLIOBRERA.

Dicen que no firman, que seguirán luchando.

Hemos debatido y todas estamos con ellas, aquí nos quedamos, la lucha no se abandona.

Acaban de llegar los sindicatos mayoritarios, quieren que desistamos de nuestra actitud, que nos vayamos a casa.

La Dirección de la Empresa nos observa tras las ventanas y han visto como se ha cerrado la discusión, hemos metido a esos sindicalistas en cubos de basura y lanzado calle abajo. Ha sido una gran carrera la suya.

La Dirección de la Empresa nos pide que suban unos representantes. Quizás hayan cogido miedo, nos deben ver decididos a continuar.

Estamos nerviosas, impacientes por conocer lo que está pasando.

Vemos a nuestras compañeras acercarse a la ventana, nos hacen signos de victoria, se las ve muy alegres.

Ya han bajado. Nos cuentan que trataron de convencerlas con favores, con buenos puestos de trabajo. También nos explican que no habrá despidos, ni que trabajar los sábados, que vamos a recuperar el poder adquisitivo y respetarán los acuerdos.

Voy en el Metro, vuelvo a casa. Me siento cansado, pero alegre, eufórico, ha sido una gran victoria.